

desde el que contemplar y analizar los términos en que una identidad política florece y se configura como discurso y como espectáculo". Afirma Delgado en *Elogi del viuant*: "S'acompleixen avui, al principi del segle XXI, les intuïcions de les poques veus que, al moment culminant de l'anomenat *esperit olímpic*, el van saber reconèixer com un dispositiu purament retòric al servei de la terciarització i la tematització de Barcelona, de la seva conversió en un parc del consum i per al consum i del seu plegament als requeriments del capital internacional en matèria immobiliària i turística". Frente a la Barcelona *top model*, ciudad modelo, ciudad *fashion*, Delgado opone la del hundimiento del Carmel, la de las infraestructuras obsoletas, la de los altos índices de pobreza y los pensionistas que cobran por debajo de los salarios mínimos, la de la falta de políticas de vivienda social.

En muchas de sus críticas y reflexiones no le falta razón a Delgado, aunque no pocas veces todo parece en exceso negativo, en su pasión iconoclasta llega incluso a acusar a la muy positiva ley de barrios de la Generalitat de favorecer la gentrificación. A favor de la Barcelona insumisa y combativa, Delgado apuesta por la ciudad plural agitada y fértil de intersecciones y contradicciones. Repensar Barcelona es también dialogar, conocer y escuchar sus voces disidentes. |

sión. La familia, de origen humilde, la evocación y la ternura, tienen un peso determinante.

La acción de *Me refiero a los Játac* (2007), de Carlos Peramo (Barcelona, 1967), ganadora del II premio de Novela Bruguera, transcurre en Sant Feliu de Llobregat y Sant Boi. En la riera de la carretera 340 están los túneles de desagüe, lugar de aventura y, finalmente, de una macabra tragedia. Un grupo de amigos, los Játac, se enfrenta a tres muchachos violentos que siembran el terror en el colegio y en el barrio. Música (Bryan Ferry), lecturas (*El cuerpo*, de Stephen

Los nuevos narradores barceloneses escriben sobre Sant Adrià, Sant Feliu o Sant Boi con parámetros realistas

King) y cine se proyectan en sus personalidades, y la solidaridad entre amigos y la familia son, más que nunca, el centro de una narración dominada por la tensión dramática.

Tres escritores que confirman que el realismo, fortalecido por las convulsiones artísticas y sociales, mantiene toda su vigencia. |

Recuperación de los 70

¿Quién hundió el Titanic?

LAURA FREIXAS

Será casualidad o será que todos estamos rondando la edad crucial de los 50. O serán los sucesivos aniversarios –25 años, 30 años...– de la muerte de Franco; o será la sorpresa de que Barcelona, aquella que conocimos con rulos y zapatillas, se ha hecho famosa y se codea con Woody Allen... Sea lo que fuere, lo cierto es que somos varios los que en pocos meses publicamos libros autobiográficos centrados en la misma ciudad y en los mismos años. Empezó Lluís M. Todó con *El mal francés* (Destino), que es su diario de 1969 comentado tres décadas después. Siguió *Filología catalana. Memòries d'un dissident*, de Xavier Pericay (Destino), *Los 70 a destajo. Ajoblanco y libertad* de José Ribas (RBA), *La ciudad que fue*, de Federico Jiménez Losantos (Temas de Hoy), *Star. La contracultura de los 70*, de Juan José Fernández (Glénat) y mi propio *Adolescencia en Barcelona hacia 1970* (Destino).

Todos ellos tienen en común la nostalgia de aquellos años, la época en que "contra Franco vivíamos mejor". ¿Por qué? Porque la verdadera felicidad –de alguien debe ser la frase, aunque no sé de quién– es la promesa de la felicidad, y nos las prometíamos muy felices en cuanto terminara la dictadura. Y porque es fácil, cuando se va a la contra, estar unidos. Hoy nos resulta inverosímil, pero lo cierto es que

hubo una época, aquella, en que personajes hoy tan dispares –y que imagino que se han retirado el saludo (los que viven), o no tienen ocasión de saludarse porque no coinciden– como Jiménez Losantos, Alberto Cardín, Ocaña, Ribas, Racionero, Maruja Torres, Quim Monzó, Nazario, Karmele Marchante, Lidia Falcón, Rosa Regàs o Francesc Vicens compartían revistas, militancia, nocheviejas y porros.

Hasta que... ¿Hasta que qué? ¿Qué o quién nos expulsó del paraíso? Porque lo cierto es que la década terminó en un sálvese quien pueda. El famoso artículo de Félix de Azúa *Barcelona es el Titanic* (1982) fue el certificado de una defunción o deserción colectiva. A principios de los 80 murió Ocaña, Rosa Regàs se fue a Ginebra, Lidia Falcón, Maruja Torres y Jiménez Losantos, a Madrid, Pepe Ribas al Empordà y Menorca... Con sus distintas elecciones vitales, geográficas, profesionales, políticas, de alguna manera terminaron cumpliendo aquella orden con que la policía afrontaba las manifestaciones: "¡Dispérsense!".

La desilusión de las utopías colectivas

Para Ribas, quien se llevó el gato al agua fueron los marxistas, reconvertidos en socialdemócratas, que con malas artes abortaron la revolución posible. Mi opinión personal es que el ardor revolucionario de los 70 fracasó, en parte, porque

era un malentendido –no sabíamos qué queríamos–, y en parte no fracasó, sino que murió de éxito. Para bien o para mal, el consumismo del que ahora se quejan los autores de *Star* no es más que la recuperación capitalista del hedonismo que ellos mismos predicaban, y algo parecido puede decirse de las bodas gay y *Gran Hermano*.

Para otros, en cambio, el Titanic lo hundió alguien con nombre y apellidos: un tal Jordi Pujol, culpable de "la destrucción de Barcelona y cretinización de Catalunya", en palabras de Ramón de España (en *Star*), refrendadas por Pericay, Jiménez Losantos, Boadella (*Adiós Cataluña*, Espasa Calpe) y en menor medida Ribas. Otros libros, como el de Todó y el mío, son más personales que políticos; pero el mismo hecho de buscar una salida privada (para Todó, la asunción de la homosexualidad; en mi caso, la escritura) revela el desencanto respecto a las utopías colectivas.

Entre tanto, por las mismas fechas, J.M. Castellet llevaba un die-

El ardor revolucionario en parte fue un malentendido y en parte no fracasó, sino que murió de éxito

tario, que ha salido a la luz al mismo tiempo que las autobiografías citadas. El contraste entre ellas y el *Dietari de 1973* (Edicions 62) no puede ser más llamativo: donde otros recordamos una época emocionante y alegre, él habla de "tedio y mediocridad", de un ambiente "desconcertado, impaciente y pesimista". Y nos deja pensando que quizá toda esa nostalgia de los años 70 se debe simplemente a que teníamos veinte años, cuando la generación de Castellet se acercaba a los cincuenta. |



Jornadas libertarias internacionales en el Park Güell (1977)

PILAR AYMERICH